

Recuerdo de Paul Newman

(26 de enero de 1925 - 26 de septiembre de 2008)

El marino de Ohio devenido en actor no fue sólo una cara bonita. Y es que Paul Newman nunca fue capaz de entregar lo que se espera de un miembro del sistema de estrellas de Hollywood –lo cual, ciertamente, no es mucho. Si hubiera que señalar un solo aspecto que definiera su vida a modo de sinécdoque, para mí no sería su mirada –daltónica, por cierto–, sino su inagotable capacidad para sabotear su propio estereotipo. Sólo entablando una dialéctica entre cultura y contracultura podemos llegar a sintetizar esta figura de apariencia típicamente *All American*, cuyo apoyo a causas de izquierda le ganó el penúltimo lugar en la temible lista de veinte enemigos compilada por las huestes de Richard Nixon. (De hecho, Newman solía decir que ese puesto, y no el Oscar, había sido el logro que más orgullo le daba.)

Newman era el hombre de aspecto über-ario que se definía como judío, por herencia de su padre, porque le parecía “un desafío mayor”¹. El joven actor desconocido que sacó un anuncio en la revista *Variety* disculpándose por su pésima interpretación en su primera película, una bomba épica llamada *El cáliz de plata*. La estrella de Hollywood que vivía fuera de la farándula, en el pueblo anodino de Westport, Connecticut. El rompecorazones que logró enamorar a las mujeres de varias generaciones, pero que también anotó famosamente sobre el tema de la fidelidad que no tenía por qué hacerse el tonto con hamburguesas en la calle, cuando había un churrasco en casa (su segunda esposa, la actriz Joanne Woodward.) Un macho duro –hecho comprobable en películas como *Dos hombres y un destino*– que, por otra parte, apoyó los derechos civiles de los homosexuales y el matrimonio gay. Un corredor de autos que se dedicó años a la venta de un aderezo para ensaladas, donando todas las ganancias a la caridad –a la hora de su muerte, alrededor de doscientos millones de dólares (afirmaba que el aderezo era más taquillero que sus películas). En fin, un hombre en contra. Tal vez creía, como Aristóteles, que la diferencia perfecta, en todos los casos, es la diferencia más grande. (Tanya Huntington, *Letras libres*, diciembre de 2008)